

POIÉSIS

ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social
FUNLAM

CRÍTICA Y EDUCACIÓN EN LA FUNLAM

Ricardo Alberto Andrade

Psicólogo U. de A.
Magíster en Lingüística U. de A.
Docente-investigador Funlam

*Tus verdaderos educadores y formadores te revelan
Lo que es el genuino sentido originario y la materia
Básica de tu ser, algo en absoluto de ser susceptible de
Ser educado ni formado, pero, en cualquier caso,
Difícilmente accesible, apretado, paralizado: tus educa-
dores no pueden ser otra cosa que tus liberadores y este
es el secreto de toda formación: no proporciona prótesis,
narices de cera, ni ojos de cristal. Lo que estos dones pueden
dar es más bien la caricatura de la educación. Porque la
educación no es sino liberación(...)
(Nietzsche, 2001, 29)*

Entre otras cosas que me preocupan de la FUNLAM está el hacer docente y estudiantil en un contexto de evaluación particular, al interior de un contexto específico, como es Medellín, Colombia, Latino América. Esta preocupación, en última instancia, no está relacionada con nada más que un término común, y que no deja de estar en el centro de la preocupación todos los que tienen que ver con el ámbito educativo: los modelos pedagógicos.

Por supuesto, hablar de modelo implica antes una riña ética que acaso pase por la resistencia a la formulación de principios que gobiernen y no que funden un sistema de pensamiento. Claro, para tantos otros el modelo, o mejor la modelo, además de una cárcel que tiene de todo menos de ejemplar, se convierte en la mejor excusa para deslizar sus ojos por algunos cuerpos que se contonean y exhiben a la mejor manera de las ferias de ganado, y de sus mercantiles propósitos. El problema con los modelos es que escenifican

modas, las modas son abusos heterónimos donde la individualidad se transforma en una pulsión inocua, que inunda las prácticas autónomas de sonrisas de mofa y de nominaciones desafortunadas. La moda, y los modelos, en esta acepción también indican los lugares atestados, con diseño pomposo, donde se deben acudir y cerrar los ojos con una sonrisa en el rostro y las manos en los bolsillos prestos a gastar lo que se pueda para comprar lo imposible.

Hay modas que se visten y que se observan. Tenemos celulares de última generación con conexión tercermundista, ropa de marcas extranjeras, de fabricación casera y costos de alienígenas. Pero hay modas que uniforman el alma, esas son las peligrosas; se transforman en cadenas amasadas al calor de los discursos, valoradas por cierta globalización de los intereses y masificación de los deseos.

El deseo contemporáneo se disfraza tras un escenario de gadgets que han venido a prometer la felicidad en cada objeto que nace en el mercado, promesa que se renueva a la velocidad de Ferrari y que metamórficamente asume una nueva apariencia con la presteza con que las voces melodiosas de los canales venden la nueva faja o el nuevo aparato que dejará su abdomen plano. Compre sin detenerse, parece ser la consigna de nuestros tiempos, compre sin límites, total, usted es un socio de Diners; y si no lo es, preocúpese; usted es un ente fuera del mercado, inexistente, desvalorizado. Si no la tiene, no lo tiene.

En efecto, el capitalismo segrega con la misma efectividad con la que produce nuevos maniqués y entes robóticos, excluye con la misma agilidad con que prescribe nuevas formas de encuentro con el cuerpo propio y con el de los otros. Debe usted dominar al menos tres idiomas, tener Internet banda ancha, chatear velozmente, aislarse de su mundo real, someterse al caber–amor, ser profesional a los catorce, magíster a los diecisiete, doctor, ojalá de Harvard, a los veinte; dueño de su propia empresa, carro, pareja, amigos y departamento con jacuzzi. Claro, todo eso es preferiblemente si lo ha recibido desde la hora en que recibió la primera nalgada por esa mano sanguinolenta cubierta de látex.

Siendo así, y como nos repiten hasta el hartazgo, hay que estar a la altura de las circunstancias, estar adecuado al ritmo cambiante de la actualidad. Entre otras cosas, hay que saber de todo y de nada al mismo tiempo, y ser un buen objeto de consumo para alguien que se digne a sostener su ritmo de compra. En otras palabras, habría que educarse velozmente para ingresar al cuerpo sin órganos que han tenido a bien llamar aldea global.

Sin embargo, la modas ideológicas siempre han marcados paradigmas de pensamiento que han podido ser interrogados. La inquietante postmodernidad, y su brazo armado, el capital no es la excepción. Es un amo que cojea y que es denunciado por cada anoréxica que se hace caricatura de perfección moribunda, por cada drogadicto que hace de sí un consumidor ideal, al encontrar de entre todas las ofertas del mercado un objeto con el que no requiere ningún otro. Educar para denunciar el amo, mientras se le hace el juego, acaso sea el reto educativo por excelencia, labor que Freud, en *El malestar en la cultura* nombraría como imposible, al lado de las tareas incesantes de gobernar y psicoanalizar.

Pero no puede pasarse de largo el hecho de que he enunciado una tesis educativa, y que no sería clara la presuposición de que esa inquietante palabra tiene hasta este punto una definición precisa. No es el propósito de este modesto escrito alcanzar al respecto una unificación de criterios, apuntará mejor a proponer una posible visión de ésta: diré pues que educar es en light.

Tampoco puede darse por sentado que la ilustración tenga una salida conceptual sencilla, ya antes hay quienes han dedicado grandes esfuerzos a responder por la pregunta ¿qué es la ilustración? Kant sería uno de los aventureros que se atrevieron a hacer toda una propuesta a este respecto.

Para Kant la ilustración está directamente relacionada con el modo en el que el humano logra posicionarse frente al tiempo. Uno puede interpretar el presente como perteneciente a un momento determinado de la historia del mundo, diferenciado de otros por particularidades específicas. Es también posible auscultar en el presente los signos que dan noticia sobre un acontecimiento futuro, Agustín llamaría a esta posición “una Hermenéutica

histórica". Vico propone, de otro modo, que puede entenderse el presente como un periodo de transición hacia el mañana, hacia una aurora, es llamada esta manera de lectura del presente "principios de filosofía de la historia". Curiosamente la ilustración no se entiende como una manera de lectura de una época; es una salida, un escape: no busca comprender el presente a partir de la totalidad de un proyecto futuro: busca una diferencia, la diferencia que puede introducir lo actual con respecto al ayer.

Para escapar siempre hay una cadena de la cual haya que liberarse y la cadena que Kant observa en los hombres y que la ilustración pretende romper, no es otra que la minoría de edad: "un cierto estado de la voluntad que hace que la autoridad se acepte para llevarnos por caminos en los cuales se espera el uso de la razón". Kant utiliza tres ejemplos para explicar lo que es la minoría de edad: si un libro ocupa el sitio del entendimiento, si un guía espiritual ocupa el lugar de la conciencia, cuando un médico decide el lugar de nuestro propio régimen. La ilustración es entonces definida por la modificación de una relación establecida entre la voluntad, la autoridad y el uso de la razón. Esta modificación implica una divisa, al mismo tiempo una obligación: "sapere eude", "ten el coraje, la audacia, de saber". Es al mismo tiempo un proceso, una tarea del colectivo, y una labor de coraje individual.

Pero, para llegar a la mayoría de edad hace falta que se distinga bien aquello que depende de la obediencia y aquello que depende de la razón. Por lo que la minoría de edad es metaforizada por una expresión popular: "obedece, no razones", tal como acontece a sus ojos la disciplina militar, el poder político y la autoridad religiosa. La humanidad puede hacerse mayor de edad cuando se le pueda decir "obedece y podrás razonar tanto como quieras". Es en este punto cuando el uso de la crítica se hace absolutamente necesario, pues su función es precisamente definir las condiciones bajo las cuales el uso de la razón es legítimo, para determinar lo que debe conocerse, lo que debe ser hecho y lo que puede esperarse.

Foucault caracteriza la modernidad más como una actitud que como una época, como un modo de relación con la actualidad; una elección voluntaria de algunos, una manera de pensar, de actuar y de sentir, algo como lo que los griegos denominaban un ethos. La ilustración, como proceso

personal, estaría pues involucrada con un ethos propio de la modernidad, y que estaría en contraposición con aquellos modos de relación humana que podrían llamarse contra modernos.

Bodelaire, según Foucault, una de las conciencias más agudas del siglo XIX, logra describir en su estilo la esencia del espíritu moderno. Discrepa de la percepción generalizada de que la modernidad marca una discontinuidad en el tiempo, una ruptura en un continuum histórico, pues a sus ojos, ser moderno es tomar una posición ante la eternidad del flujo temporal, retomar algo del discurrir del tiempo que no se haya en otra cosa que en el esquivo presente. La modernidad se distingue de la moda, que no hace más que seguir el curso temporal y de la contemplación, en donde sólo se coleccionan momentos. El espíritu moderno es la voluntad de heroizar el presente. En modo alguno se trata de sustraer un fugitivo momento y perpetuarlo, como lo hace un turista en un intento ingenuo por guardar lo que se ha ido, se trata de separar de la moda lo que ella pueda contener de poético en lo histórico.

El libre uso de la razón puede pues lograr una transfiguración en el discurrir temporal, una que no es una anulación de lo que acontece en lo real, sino un juego entre lo real y el ejercicio de la libertad, un moderno no puede posicionarse ante el tiempo de una manera en la que no de un alto valor al presente desde el deseo incesante de imaginarlo de otra manera y de transformarlo, no destruyéndolo sino capturando en su entendimiento lo que es: el moderno al mismo tiempo respeta y viola lo real.

Pero la actitud frente lo momentáneo no extingue las posibilidades del ejercicio del ser moderno; al lado de la construcción poética de lo real, está una constante invención de sí mismo, no libera al hombre de su ser, lo obliga a elaborarse a sí mismo como sujeto autónomo. Este ethos filosófico puede entonces verse como una constante crítica de nuestro ser histórico.

La pregunta es, entonces, cómo se llega a un acto educativo que genere una cultura de la autocrítica, del posicionamiento en el presente como un héroe, como un poeta, como una obra de arte. Mucho se ha dicho de la educación en la autonomía, del docente acompañando un proceso autónomo de formación. Pero ese postulado ha terminado por ser un estribillo esnobista

que se repite como concepto mal empleado, al igual que constructivismo, educación activa, etc. También los conceptos psicológicos se usan y se desusan con la misma rigurosidad con la que Walter Mercado nos entrega siempre su inefable amor: la gente no se entristece, se deprime; tampoco se sugestiona, se sicosea; no es posible que alguien te caiga mal bajo tu responsabilidad, lo que pasa es que te genera transferencia negativa.

La crítica está lejos de ser ejercida como un principio ético y filosófico, simplemente porque se confunde con criticadera, y porque el lente criticón está siempre puesto en los movimientos de los otros: es que, es mucho más cómodo. Mientras se está pendiente del modo de caminar del otro, de sus gestos inquietantes, sus dichos imperfectos, su ropa desabrida, su existencia privada; la vida propia se evapora en un constante vaciamiento, como reloj de arena. Uno acaba por perderse de los delicados minutos que se esfuman por pensar en los minutos ajenos, en las vidas y las muertes de los otros.

Un profesional de la psicología, sin importar su orientación, debe estar siempre en atención a sus modos de pensamiento, a sus actos, pues, si no lee en el espejo de sí, ¿cómo interpretaría el pergamino de los otros? Grupos, pacientes, clientes, consultantes, instituciones, organizaciones, todos podrían ser leídos por ese ser que ya no escucha, oculto tras las bambalinas de los prejuicios, pues, siguiendo a Lacan, uno no puede hablar sin oírse. Un psicólogo a la moda, valga decir, uniformado.

Referencias

Foucault, M. ¿Qué es la crítica? Crítica y Aufklärung. [Versión electrónica]. Revista de Filosofía N°11, 1995, 5-25